

RESEÑAS

Confesiones de un divulgador científico hispano

«Reseña a López-Mirones, F. (2022). *Yo, negacionista*.
Córdoba: Editorial Almuzara, 296 páginas.

José Manuel Rodríguez Pardo

(Universidad de Oviedo)

Yo te pregunto, Señor, Dios de la verdad, ¿basta el conocimiento de estas cosas para agradarte? Desgraciado de aquel que, sabiéndolas todas, no te conoce a ti. Y dichoso aquel que te conoce a ti, aunque las ignore en su totalidad (Agustín de Hipona, 2013, V, 4).

¿Qué somos hoy, qué hacemos ahora cuando nos comparamos con aquellos españoles, que no eran ni más listos ni más fuertes que nosotros, pero creaban la unidad física del mundo, porque antes o al mismo tiempo constituían la unidad del género humano, al emplazar una misma posibilidad de salvación ante todos los hombres, con lo que hacían posible la Historia Universal, que hasta nuestros siglo XVI no pudo ser sino una pluralidad de historias inconexas? (Maeztu, R., 1941, 25).

Como bien sabrán nuestros lectores, no es la primera vez que esta publicación aborda el problema de la pandemia de coronavirus aún no finalizada (al menos, la OMS no ha decretado aún su fin). Dos han sido las reseñas que hemos escrito sobre libros que tratan acerca de los últimos años que nos han tocado vivir, ya sea desde el punto de vista de los galenos que observan cómo su profesión se ha ido desvirtuando en virtud de los innumerables conflictos de intereses (Rodríguez Pardo. J. M., 2022a), o bien desde un punto de vista «oficialista», intentando buscar paralelismos más o menos pertinentes en otras pandemias como la de viruela, que propició la primera expedición global de lucha contra un virus letal, la Expedición Filantrópica de la Vacuna o Expedición Balmis (Rodríguez Pardo. J. M., 2022b).

En este caso, el libro que aquí presentamos ha sido posible una vez que los rigores de las restricciones y censuras han aflojado su soga (aunque no desaparecido), permitiendo que la voz de un *negacionista* (término despectivo como pocos, cuyas reminiscencias suponen imponer al

que lo recibe un sambenito del que parecía era imposible librarse) pueda manifestarse sin censura alguna.

Así que, en este caso, nuestra tercera reseña sobre una obra escrita relatando lo sucedido en estos casi tres años de pandemia, nos servirá para conocer las ideas de un autor diferente, el divulgador científico español Fernando López-Mirones (1964), un hombre que no se declara en «conflicto de intereses» alguno. Ni es médico ni investigador del CSIC, tan sólo es un zoólogo que, cuando nos confinaron, comenzó a estudiar los puntos flacos de la cuestión: «Confinar a un zoólogo documentalista es una mala idea, porque provoca que de inmediato, como lobo enjaulado, se ponga a investigar sobre lo que ocurre, y cuando le dicen que un pangolín y un murciélago son la causa de todo, se da cuenta enseguida de que algo no encaja. ¿Sopa de pangolín? Todas las personas de la humanidad tienen su historia al respecto, esta es solo la mía; la única diferencia es que para alguien acostumbrado a interpretar el comportamiento de tiburones y hormigas; a desenmascarar, gracias a mis viajes, las informaciones falsas sobre conservación de la naturaleza y el cambio climático; a trabajar con científicos y descifrar sus mensajes y leerlos entre líneas; o a buscar el lado oculto de todas las realidades para meter todo ello en guiones de documentales, el relato pactado de todo lo que estaba ocurriendo se reveló como fruto de una narrativa muy bien cuidada que haría temblar de envidia al mismísimo Julio Verne, el gran maestro de la ciencia ficción» (20).

De hecho, en estas «confesiones» de un zoólogo que declara abiertamente su negacionismo, que no sucumbe al atractivo del mero conocimiento ni a ser un mero biólogo más, la idea del relato es fundamental para explicar todo lo que sucedió desde que a finales de 2019 se afirmó que un nuevo virus había pasado a los seres humanos en un mercado de Wuhan, con sus consecuencias de confinamientos, cierres, mascarillas, muertos, vacunas, etc. ya conocidas. Más allá de la cuestión científico-sanitaria, que López-Mirones analiza de manera extensa, prevalece sobre todo el relato, un verdadero relato documental, en este caso de ficción, utilizado para asegurarse que la opinión pública viviese en un miedo y tensión permanentes; un miedo que, como inequívoco consenso, sirviera como espoleta para lograr que la disidencia (compuesta sobre todo de la generación de los *boomers*, a la que por edad Mirones pertenece y que autoelogia en estas «confesiones»), por pequeña que fuese, recibiera el rechazo al unísono de una mayoría moldeada por los medios de comunicación y por productos audiovisuales que han sustituido a los libros como fuente de información:

«Al principio fue el Verbo» (Génesis, Juan 1, 1), la palabra. La fuerza de las palabras fue reconocida como prodigiosa desde los tiempos más remotos; los llamaron sortilegios, rezos, encantamientos, profecías, pero sobre todo mantras; vocablos capaces de cambiar el pensamiento alterando la mente y la percepción; sonidos estructurados con capacidad para sanar o enfermar. La palabra ha sido ocultada al humano del siglo XXI, a través de la aculturación de los jóvenes en escuelas y universidades, rematada por la preponderancia de las televisiones de impacto visual paralizante. Los libros cada vez

reciben menos atención, siendo sustituidos por productos audiovisuales de enorme poder adictivo (24).

Y es que los globalistas, la élite que según versión de los *negacionistas* como López-Mirones, domina el mundo e intenta doblar a la humanidad (que, por supuesto, ellos, los negacionistas, inequívocamente representan en reflejo simiesco) por medio de engaños tales como la actual pandemia, se esmeran en eliminar «todo lo físico, incluidos los libros de papel porque no los pueden editar, están inmutados desde que un autor y un editor los pusieron en circulación, eso no les interesa. Muchos libros del siglo XX son peligrosos para ellos. Durante la *plandemia*, nos han mostrado cómo piensan actuar en el futuro, la propia OMS ha editado definiciones y textos de su página web varias veces. Todo lo que está en las redes es borrable y editable con extrema facilidad. Yo personalmente acumulo libros de antes del globalismo de forma compulsiva, cuando los autores eran libres, cuando podían exponer ideas que ahora son imposibles» (273).

Y en efecto, en el comienzo de su libro López-Mirones pone el dedo en la llaga de una profunda herida de la cultura contemporánea: y es que la gente no entiende ni quiere entender porque no lee nada, y no lee porque ya está educada en la oralidad; una oralidad que consiste en recibirlo todo ya hecho y masticado, en pequeños vídeos con consignas de fácil transmisión a través de las redes sociales (sean ciertas o meras *fake news*). Sin embargo, leer supone un esfuerzo de comprensión, de análisis y también de asimilación y crítica de lo que se está leyendo; no puede resumirse un libro en un titular periodístico, por ejemplo. Si la música portátil y los auriculares en la década de 1980 abrieron un camino hacia ninguna parte, hoy día podemos estar perfectamente viviendo en Babia, aunque estemos suscritos a infinidad de podcasts y canales de Youtube. Un aviso a aquellos ingenuos «navegantes» que creen que todo se agota en los vídeos y los audios.

Pero, antes de llegar a ver cómo hemos llegado a esta situación de declive de la cultura escrita, que posibilitó el triunfo del relato pandémico, hemos de centrarnos en la cuestión científico-sanitaria, de la que Mirones va desgranando interesantes cuestiones capítulo a capítulo. De hecho, el objetivo principal de *Yo, negacionista* es criticar el consenso científico, utilizado como un verdadero rodillo contra los denominados negacionistas. Literalmente, criticar todo lo que los medios de comunicación habían impuesto como consenso científico y verdad oficial durante la pandemia, considerando como una auténtica herejía cualquier voz discrepante: «[...] la misión de la medicina moderna es mantener al paciente en la ignorancia y la dependencia, enseñando al futuro médico a no implicarse emocionalmente y a creerse un dios de la salud. [...] Los demás, los [médicos] honestos, serán olvidados por el camino por geniales que sean, y si osan publicar o protestar en los pocos medios que les den voz, serán tildados de excéntricos frustrados. Estos son los filtros a través de los cuales llega hasta usted a eso que se llama *consenso científico*, algo que en realidad no existe ni existió jamás, pues la ciencia de verdad es hipótesis, duda, tesis, antítesis, debate y libertad» (69).

¿Será verdad que la ciencia es debate? ¿Se pueden debatir las leyes de Newton? Pensamos que no está en lo cierto el autor, y más concretamente en lo que nos ocupa: no es que la ciencia esté sometida a revisión constante, es que la Medicina no es ciencia, que no es lo mismo. No tiene sentido, por usar el ejemplo anterior, debatir sobre si las leyes de Newton son ciertas o no, porque ya sabemos que son parte incuestionable de nuestra realidad. Otra cuestión es la famosa teoría del contagio de Pasteur frente a la idea de Claude Bernard sobre el equilibrio interno del organismo, cuestión que citaremos más adelante. La visión popperiana de la ciencia que utiliza Mirones en la que diversas hipótesis se encuentran enfrentadas entre sí, en un continuo proceso de ensayo y error típicamente etológico (lo cual, no obstante, encaja a la perfección con el *ethos* de Mirones), no nos sirve.

Qué mejor contraejemplo para descartar esa concepción de la ciencia, o de considerar ciencia a la Medicina, que el propio avance de ensayo y error de la industria farmacéutica, como sucedió con el hallazgo totalmente casual (serendipia) de la Viagra cuando en realidad estaba intentando encontrar un fármaco que combatiese la angina de pecho y la hipertensión arterial:

Y fue precisamente la empresa farmacéutica estadounidense Pfizer la protagonista de una de las más estupefacientes historias de serendipias de los últimos tiempos; la famosa pastilla azul compuesta por sildenafil que acabó con la paz de muchas parejas maduras al reactivar, digamos, la capacidad de oferta amorosa del macho humano implicado.

En el Hospital de Morrison, en Gales, el Dr. Ian Osterloh estaba realizando ensayos clínicos sobre una droga con supuestos beneficios para combatir la angina de pecho y la hipertensión arterial, cuando observó una extraña reacción en los voluntarios varones del experimento: no devolvían las dosis sobrantes. Pronto quedó claro el motivo, el sildenafil era bastante inútil contra esas patologías, pero tenía un potente efecto adverso secundario al producir extraordinarias erecciones en los penes de los voluntarios, quienes estaban encantados con el experimento viendo sus candores renacer.

Entonces Pfizer se marcó una serendipia de libro y la patentó en 1996, no para la angina y la hipertensión, sino como la panacea contra la disfunción eréctil, y la llamó *viagra*. [...] Lo cierto es que nunca un efecto secundario fue tan rentable para una empresa, excepto tal vez a partir de 2020 (17).

De hecho, contradiciendo a Pasteur y al paradigma médico alopático hoy dominante, Mirones señala que «lo que llaman *virus* son parte de nosotros, los seres vivos, y lo que jamás ocurriría en la naturaleza es que se mezclaran unos de murciélago con otros de pangolín, macaco, y todo ello al fino aroma de humano con cáncer. ¿Es de extrañar que estas quimeras causen problemas? Por suerte, son enormemente inestables y en poco tiempo son desactivados por el sistema inmunológico y su propia imperfección; el problema es cuando algunos quieren meternos ARN mensajero sintético cuatro o cinco veces al año a través de jeringuillas para renovar los Frankensteins cuando se degradan» (206). De hecho, si los virus son algo generado

por el propio organismo, «exosomas creados por las propias células, y no “bichos” que vienen de fuera como *aliens* extraterrestres», «Esto nos lleva a la conclusión de que eso a lo que llamaron SARS-CoV-2 era un producto quimérico de laboratorio que actuó de forma temporal como un tóxico inyectable, desatando el proceso social llamado COVID-19, que no fue en absoluto biológico, sino tóxico, psicológico y lingüístico? (213).

En este fragmento Mirones mezcla varias cuestiones. La primera, con sustento científico: que los virus de por sí no son nocivos para nuestro organismo; de hecho, sin virus no podríamos vivir. Sería si acaso el exceso de carga vírica el que provoca la enfermedad —aunque para Mirones eso es un efecto de la enfermedad, de un desequilibrio en el organismo siguiendo las ideas de Claude Bernard, no la causa de la misma: afirma López Mirones que, en una conversación informal con un médico, éste le dijo que «La información que portan los virus produce una alta mortalidad cuando los individuos receptores se encuentran en una situación altamente tóxica o estresante sin posibilidad de huida (205)—; otra cuestión es que, siendo el Covid-19 un virus quimérico y, en virtud de su carácter, imposible que se replique en contacto con otros seres vivos, se esté inyectando dicho virus a propósito a quienes periódicamente acuden a los centros de salud para renovar y reforzar su protección frente al mismo virus...

Pensémoslo un momento: ¿de verdad está insinuando Mirones que se está inyectando a todo el mundo y de forma deliberada un virus que provoca disminución de la esperanza de vida, cánceres y, en general, muertes *repentinas*? Si cada vez que alguien fallece a una edad relativamente joven es porque se había vacunado con las muestras de Pfizer, Astra Zeneca o similares (la famosa «repentinitis»), entonces ¿qué hacemos con aquellos que se han vacunado y no notan nada especial? Siempre podríamos decir que han recibido placebo, pues al fin y al cabo las vacunas contra la Covid-19 aún se encuentran en fase experimental, pero ¿cómo saberlo? Es que ni siquiera conocemos todos los componentes de los caldos (sometidos al secreto industrial y militar).

Siempre podríamos afirmar como defensa que, si un factor que se encuentra en una serie de muertes es retirado y las muertes dejan de producirse, ahí tenemos la causa que provoca las muertes (siguiendo el método de diferencia de Mill). Pero, en este caso, la investigación falla: los muertos o dañados por las inyecciones probarían que hay efectos secundarios suficientes para retirar el producto —«Según unos documentos desclasificados por la FDA de Estados Unidos, la empresa Pfizer tuvo que reconocer que habían muerto por las vacunas ni más ni menos que el 3% de los inoculados en los primeros noventa días. Este porcentaje aplicado a la población de España supondría unos siete muertos cada día, todos los días» (215)—, pero no demostrarían que ese producto ha sido producido para el fin que Mirones le atribuye. Aquí los argumentos del autor pasan a ser meramente gratuitos, porque es obvio no podemos deducir nada desde la *ignorantia elenchi*.

Hasta aquí tenemos la cuestión biomédica de la pandemia, el problema de la existencia de los virus, su función y las cuestionadas vacunas. Ahora vamos a ver cómo explica Mirones, desde su perspectiva de zoólogo curtido en mil documentales, el desarrollo de la trama de la pandemia. Y, según su experiencia, construir un relato de esas características es relativamente sencillo; basta apelar a la herencia genética del *Homo sapiens* y su tendencia a dejarse fascinar y cautivar por el mismo tipo de estímulos visuales:

No hemos cambiado nada, desde hace unos cien mil años el *Homo sapiens* es biológicamente el mismo a pesar de que la soberbia cultural del ser humano del siglo XXI le haga creerse superior a sus ancestros. Nos siguen fascinando o dando miedo las mismas imágenes, idénticos conceptos; por eso reaccionamos exactamente igual ante ideas como la enfermedad, la muerte y el miedo que un hombre de Cromañón; no hay corbata ni *software* que puedan borrar tantos años de evolución del cerebro de este *mono egoísta*. Toda esta historia está impresa en nuestros genes, en esos cromosomas, en ese ADN que ahora está en peligro de ser alterado (56).

De hecho, citando a uno de los principales ideólogos del Foro Económico Mundial (por aquello del *contraria sunt circa eadem*), Yuval Noah Harari, López-Mirones afirma que «la creatividad, la capacidad de crear relatos míticos, se comprobó que era el arma secreta que nos salvó de la extinción al facilitar el comportamiento cooperativo y la conciencia de nosotros mismos; por tanto, el hecho de que seamos tendentes a creer narraciones bien hechas es un rasgo evolutivo favorable impreso en nuestros genes» (56). Y es que la *revolución cognitiva* producida hace entre 70.000 y 30.000 años que señala Harari, sirve para producir reacciones rápidas del comportamiento social usando de los relatos ficticios: «Urdir mitos funciona para manejar masas de *sapiens* como no ha ocurrido con ninguna otra especie animal, ni actual ni pasada. Los engreídos miembros de la que llamé en uno de mis documentales *la Tribu de la Corbata* no saben hasta qué punto el poder de la manada y el instinto gregario les obligan a hacer cosas que creen meditadas (57).

No es casualidad que Mirones utilice fuentes que aprobarían los «enemigos de la humanidad», los globalistas, como la del citado Harari. Como no podía ser de otra manera, el autor cita en su libro el famoso Club Bilderberg, que toma su nombre del hotel en el que se alojó en la primera reunión de 1954, donde supuestamente se dirigen los destinos del mundo: «hay planes, y los diseña en su mayor parte el Club Bilderberg. No hace falta precisar que SARS-CoV-2, el fenómeno COVID-19 y toda la trama de ciencia ficción que estamos desvelando en este libro no se deben a que un chino se quiso tomar un caldo de pangolín (244-5). Y es que «Bilderberg ha hecho popular su proyecto, al que llama Nuevo Orden Mundial, NOM; cualquiera puede oír cómo lo mencionan sin parar sus propios medios de comunicación comprados, para hacer que nos vayamos acostumbrando a la idea. NOM y Agenda 2030, cuyo lema es “No tendrás nada, pero serás feliz”» (246).

Pero, a su vez, Mirones señala que fue la CIA quien en 1967 usó por vez primera la expresión «teoría de la conspiración» (243). ¿No será entonces, siguiendo la lógica de Mirones, que se ha urdido un mito, el mito de la conspiración global que aspira a formar un gobierno mundial, y que ha sido, como todos los relatos ficticios ideados desde hace 30.000 años en adelante, tan pregnante y exitoso como para dirigir y disciplinar a todos los *Homo sapiens* del planeta, incluyendo a los *negacionistas*, como si ellos mismos creyeran estar haciendo cosas meditadas y pensadas por ellos mismos? Aplicar la teoría de Mirones a sus tesis puede ofrecernos incongruencias muy relevantes...

De hecho, y citando a Gustavo Bueno, cabría decir que la fantasía de un gobierno mundial, que comparten tanto los propios globalistas como sus antagonistas, la idea de una globalización que abarcase, sin excepción, a todo el género humano, es un mecanismo de defensa ante el *horror vacui* de un mundo donde todo sucede aleatoriamente y sin orden:

Admitir la posibilidad de una dispersión inmediata e irreductible del Género humano sería tanto como negar las premisas del racionalismo capitalista. Será necesario defenderse contra las amenazas incesantes de los grupos que van marginándose, en cascada, del orden común: de los grupos terroristas, de los libertarios, de los anarquistas (Bueno, G., 2004, 349).

En definitiva, que quienes más alientan el mito del globalismo son precisamente quienes dicen combatirlo y se consideran víctimas suyas cuando su nombre, dicen, resulta expuesto públicamente, en este caso como *negacionista*...

Enlazando con esa denominación de *Tribu de la Corbata* que citó más arriba, Mirones nos cuenta cuando, de 2009 a 2012, acometió el proyecto de tres películas documentales bajo el rótulo de *El Mono Egoísta: la Tribu de la Corbata*, mezclando de forma inequívoca los títulos de dos obras emblemáticas de dos zoólogos: *El mono desnudo* de Desmond Morris y *El gen egoísta* de Richard Dawkins. Ahí reconoce haber encontrado las claves para entender buena parte de lo sucedido durante la pandemia:

Me fascinaba el comportamiento humano en las ciudades, por eso quise salir de safari a filmar *Homo sapiens* en su ecosistema natural con la misma actitud con la que lo había hecho muchas veces con otras especies. Entonces me di cuenta de que éramos primates, con genes de primates, costumbres de primates, culturas de primates..., pero viviendo como insectos; lo cual nos causaba una evidente disonancia evolutiva fruto de la cual no éramos felices como sociedad.

Es como si el mono que llevamos dentro peleara por salir constantemente, por reivindicar sus genes en unas sociedades en las cuales se le exigía actuar como un organismo colectivo más similar a un hormiguero o una colmena. Empecé a ver por la calle a

chimpancés y gorilas con corbata, faldas y bolsos de Vuitton, que se duchaban por quitarse sus hormonas corporales vergonzosas para, acto seguido, rociarse de productos obtenidos de las glándulas anales de un castor, porque con ellas se fabrican los mejores perfumes (180).

De aquí deduce una cuestión fundamental, que explicaría por qué la tendencia de la masa a reprimir y aplastar a quien defiende opiniones disidentes de la mayoría: «El zoólogo premio nobel de Medicina o Fisiología Konrad Lorenz escribió que la civilización humana fomenta cada vez más a los que él llama los *tipos degenerativos*. ¿Es posible que la Tribu de la Corbata esté favoreciendo el fracaso de los mejores frente a los mediocres? Hay científicos que así lo aseguran. Existe una corriente imperante que intenta destruir a todo el que destaca. Cuando en el mundo aparece un verdadero genio, puede reconocérsele por una cosa: todos los mediocres se conjuran contra él» (180-1).

Sin embargo, ¿acaso el ser humano no es más que un simio evolucionado, al que la civilización ha reprimido sus instintos y lo ha vuelto enclaustrado e infeliz cual colmena? ¿O, cuando el zoólogo se ve acorralado o con algo difícil de explicar desde sus coordenadas, basta con acudir a explicaciones *ad hoc* (que sin duda tienen algo de irónico) como que «los españoles y por extensión los hispanos de todo el mundo tenemos una característica que debe ser genética, la xenofilia o filoxenia. Se trata del aprecio a lo extranjero, a lo distinto, a lo de otros pueblos. Todo lo de fuera nos parece mejor que lo nuestro. Mientras un alemán recorre el mundo bebiendo la misma marca de cerveza que ingiere en su casa de Múnich, un miembro del antiguo Imperio español se bebe, se come, se fuma y se enamora de cualquier cosa extranjera que se cruce en su camino» (211).

Tiene que haber un elemento que no niegue la animalidad del ser humano pero que la perfeccione. *Gratia naturam non tollit, sed perficit*, como afirmó Santo Tomás. Y ya que López-Mirones lo cita, habrá que señalar que el Imperio español fue la sociedad política que se propuso evangelizar a todo el orbe; asimismo, ya dijo Ramiro de Maeztu, uno de los más fervorosos defensores del credo de la Hispanidad, que el mensaje que resumía muy bien ese ideario es que todos los hombres pueden salvarse, como señalamos en la segunda cita de inicio: «Nunca creímos, como los ingleses y norteamericanos, que la Providencia nos había predestinado para ser mejores que los demás pueblos. Orgullosos de nuestro credo, fuimos siempre humildes respecto a nosotros mismos» (Maeztu, R., 1941, 24). ¿No será más plausible explicar que el «aprecio a lo extranjero» tiene que ver con esta idea de evangelizar a todo el mundo, que desborda por completo ese reduccionismo biológico que, no podía ser de otra forma, salpica el relato de *Yo, negacionista*?

Porque, al fin y al cabo, el autor culmina su relato pandémico, señalando hacia «la elite globalista» que ha puesto en funcionamiento la trama que el zoólogo documentalista ha descrito en sus particulares «confesiones», una trama que se encuentra, en una globalización

que, como el reino de los cielos, ha de suponerse que tendrá lugar, y que se encuentra operando a través de numerosos tentáculos supraestatales, los de la oligarquía globalista:

La mayor parte de estos oligarcas están convencidos de que están destinados a ser los regentes del mundo, pero deben llegar a esas posiciones de poder absoluto sin que la humanidad se dé cuenta, por eso han creado esa red de ONG, fundaciones y organizaciones supranacionales con nombres atractivos que supuestamente luchan contra el hambre, las enfermedades, la desigualdad, el racismo, las migraciones, los derechos de las mujeres y, sobre todo, el *ecologismo* (272-3).

Unos malvados oligarcas que, seguramente por su filiación protestante anglosajona, creen estar predestinados a dominar el mundo y a someter a las naciones resultado de la descomposición del Imperio español, la Hispanidad, así como otros pueblos, para evitar que se vuelvan a unir y luchen organizadamente contra ellos:

Seguirán destruyendo las culturas, como hicieron, por ejemplo, con la Leyenda Negra para manchar la memoria del Imperio español, con el fin de que los países resultantes no se volvieran a unir jamás y lo consiguieron; continuarán minando al individuo en todos sus valores tradicionales, desde la familia a las creencias religiosas, pasando por su propia identidad de género (273).

Por lo tanto, *Yo, negacionista*. Pero no negacionista a secas, frente a unas élites globales que quieren amordazar y someter a la Humanidad. Como vemos, Fernando López-Mirones es un negacionista hispano, que cree firmemente que hay futuro para la Hispanidad frente al globalismo anglosajón (últimamente el autor suele lucir, y no por casualidad, un pin en la solapa que representa la cruz de Santiago) y que ha querido manifestarlo negro sobre blanco. Esta es la confesión final que Fernando López-Mirones, «caballero de la Hispanidad», nuestro San Agustín patrio, ha tenido a bien hacernos:

He escrito este libro en defensa propia; la primera vez que me llamaron *negacionista* como algo insultante me molestó, pero poco a poco, durante dos años, fui conociendo a otras personas a las que les llamaban lo mismo y vi que eran maravillosas, especiales, valientes, inteligentes y con luz propia. Entonces comencé a tenerle aprecio a la palabra. Si ser negacionista es parecerme a ellos, ya no me parece tan malo. Ahora estoy seguro de que, como siempre pasa en la naturaleza, toda crisis deviene en mejora a la larga; como ese bosque del que hablamos, se regenera el suelo; como el mar que tanto amo, se mezclan los nutrientes, se capturan los oligoelementos, se alimentan los virus marinos generando atmósfera; incluso un volcán fertiliza. Llegado a este punto, todos esos nuevos amigos son mucho mejores que los que antes creía tener, aquellos que me trataron mal, que contribuyeron a los meses de soledad que todos los diferentes hemos padecido. Ahora puedo ya decir con orgullo: yo, negacionista (276).

El paralelismo con el Obispo de Hipona y, especialmente, con Ramiro de Maeztu es ciertamente notorio...

BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Agustín de Hipona (2013). *Confesiones*. Madrid: BAC.

Bueno, G. (2004). *La vuelta a la caverna. Terrorismo, Guerra y Globalización*. Barcelona: Ediciones B.

Maeztu, R. (1941). *Defensa de la Hispanidad*. Madrid: Ediciones Fax.

Rodríguez Pardo. J. M. (2022a). *El triunfo de la Medicina*. Revista *Metábasis*, Nº 11, 103-13.

Rodríguez Pardo. J. M. (2022b). *De la Expedición Balmis a la Operación Balmis*. Revista *Metábasis*, Nº 13, 105-14.

Recibido: 07 de Enero de 2023.

Aceptado: 10 de Enero de 2023.

Evaluated: 16 de Enero de 2023.

Aprobado: 21 de Enero de 2023.